

LACTANCIO Y LAS *DIVINAE INSTITUTIONES*: UN ROMANO CONTRA LA RELIGIÓN ROMANA

M^a Amparo Mateo Donet

Universitat de València

Resumen: En este artículo se trata de descubrir la visión que tenía Lactancio sobre algunos aspectos de la religión romana a partir de los comentarios que de ella encontramos en su obra *Divinae Institutiones*, centrada en defender el cristianismo y hacer una fuerte crítica de las creencias y los cultos clásicos. El análisis contribuye, además, a discernir los cambios y pervivencias de la mentalidad romana en el autor cristiano.

Palabras clave: Lactancio, religión romana, cristianismo, cultos, ritos, dioses.

Lactantius and the *Divinae Institutiones*. A Roman against Roman religion

Abstract: This paper tries to discover Lactantius's vision of some aspects of the Roman religion from the comments that we can find in his *Divinae Institutiones*, focused on defending Christianity and on making a critique of the classic beliefs and cults. In addition, changes and survivals of Roman mentality in the Christian author can be discerned.

Key words: Lactantius, Roman religion, Christianity, cults, rites, gods.

Uno de los autores cristianos que mejor supo utilizar la oratoria y la literatura para propósitos propagandísticos y dogmáticos con respecto a la nueva religión en expansión en el Imperio Romano fue, sin duda, Lactancio. En su celeberrima obra *Divinae Institutiones* hace una exaltación de la fe y los valores cristianos que deben permanecer en los individuos, pero a su vez, y como contrapartida a esta defensa, encontramos una crítica a las costumbres y prácticas culturales paganas, que nos sirve para descubrir la visión que el autor tenía –y transmitía– sobre la religión romana. La relevancia de la obra de Lactancio radica en que no constituye un texto cristiano más haciendo apología de sus ideas, sino que revela el profundo sustrato pagano permanente en la personalidad y mentalidad del escritor; nos muestra que se trata de un romano yendo en contra de la religión romana.

Lucius Caecilius Lactantius Firmianus nació alrededor del 260 en África, donde recibió la formación propia de la escuela de la época; fue instruido en historia y lengua, como demuestran los argumentos filológicos, etimológicos y retóricos presentes en su obra, así como las constantes citas de autores como Varrón y Evémero. Convertido en un prestigioso profesor fue llamado por Diocleciano para enseñar retórica en Nicomedia. Los biógrafos de Lactancio no se atreven a pronunciarse sobre el momento en el que éste se convirtió al cristianismo: si antes o después de su salida de África y de su llegada a su nuevo destino en Britania (Loi, 2006, 2747). Su primera obra conocida es *De opificio Dei*, escrita en el 303 ó 304, un tratado dirigido a su discípulo Demetriano sobre los componentes de

Data de recepció: 28 de juliol de 2014 / Data d'acceptació: 6 de novembre de 2014.

la persona humana, el alma y el cuerpo. En torno al 305 empezó su obra más importante, las *Divinae Institutiones*. Posteriores a ésta son *De ira Dei* y *De mortibus persecutorum*. Siendo ya de edad avanzada, abandonó Nicomedia al ser llamado por Constantino a la Galia, para que se hiciese cargo de la instrucción literaria del hijo de éste, Crispo. Se estableció en Tréveris donde murió en el 325 aproximadamente.

La obra que aquí nos ocupa tiene el objetivo principal de erradicar la fe pagana, haciendo notar sus aspectos negativos para contrastarlos con los grandes valores y virtudes del cristianismo; culto difícil de defender en esa época debido a las intermitentes persecuciones de los Emperadores contra sus seguidores. De hecho, como él mismo declaró, fue durante la furia de la persecución cuando concibió la idea de escribir una gran obra apologética en defensa de su religión (*Div. Inst.* V, 2, 2). Se trata de un polemista tradicional que utiliza los mismos procedimientos satíricos ya empleados por otros autores, pues desde los inicios el cristianismo estuvo en posesión de un repertorio casi exhaustivo de temas en contra del paganismo (Fredouille, 1978, 238). Sin embargo, en su crítica a la *religio* romana se observa un gran conocimiento sobre ella, ya que hace mención a numerosos ritos, fiestas y aspectos muy concretos que sólo sabría un buen entendido en tales creencias; en este sentido, el escrito es extraordinariamente importante para el estudio de la recepción de la herencia antigua por la literatura confesional (Bickel, 1982, 280). El segundo propósito de las *Institutiones* es extender a la sociedad, en ese momento decadente (al igual que el poder político) y fácilmente influenciado por el temor al milenarismo, el pensamiento de lo que debe ser la “buena religión”, el “buen camino” a seguir en la vida para salvarse en el inevitable juicio final; aspecto que correspondería concretamente con la última parte del libro donde habla del fin del mundo y de todo lo que ocurrirá con él.

Fredouille no fue el primero en analizar la obra de Lactancio desde el punto de vista histórico, pero sí en atribuirle características diferentes a las teológicas¹; el estudioso apunta que aquello que le distingue del resto de Padres de la Iglesia que combatieron la idolatría es que fue el primero en desempeñar la labor de historiador, historiador de las religiones (Fredouille, 1978, 238). Sin embargo, nosotros añadiremos dos puntos fundamentales a esta afirmación; debemos reconocer que es un autor cristiano formado y educado en un ambiente pagano y que, a pesar de sus esfuerzos por desligarse de esta cultura, en cada párrafo de su obra encontramos indicios de que no ha podido abandonar por completo el pensamiento, las creencias y los hábitos clásicos². Y por otra parte, no podemos obviar el contexto que rodea al autor cuando compone las *Institutiones*. Son los años finales de la gran persecución de Diocleciano y el principio de la era de legitimación y aceptación de la religión cristiana; esto sitúa al autor en un plano de seguridad en cuanto a la confirmación de sus ideas, es decir, está contemplando la victoria del cristianismo sobre la religión pagana, y resulta más fácil desacreditar un culto cuando está siendo reemplazado. Además, su residencia en la corte imperial le facilitó la contemplación en primera persona

¹ De hecho, hasta ese momento se había estudiado profundamente la vertiente teológica de la obra de Lactancio y se había reprochado al autor una cierta ignorancia o desconocimiento de la pedagogía divina y de la doctrina moral y religiosa cristiana (Daniélou, 1948, 15; Luneau, 1964, 234).

² Es un defensor, además, del Imperio y de su unidad (*Div. Inst.* VII, 25, 6) frente a lo griego y lo bárbaro, y eso a pesar de haber nacido y vivido la mayor parte de su existencia en un Imperio pagano en continua pugna contra los cristianos. Incluso en su posterior obra *Sobre la muerte de los perseguidores* califica a los emperadores como buenos o malos no sólo en función de su actitud frente a los cristianos sino también por sus decisiones políticas beneficiosas o perjudiciales para el Imperio.

del desarrollo de los rituales y cultos romanos en las más altas esferas, donde solían ser más estrictos y cuidados.

Pero pasemos a analizar los diferentes elementos descriptivos contenidos en el tratado para dibujar la idea general que el autor había formado de esas creencias. Los elementos a destacar sobre la religión romana que se extraen de las *Institutiones Divinas* pueden clasificarse en cuatro apartados: el primero, más genérico, sobre la religión en su conjunto y otros tres, más específicos, dedicados a los dioses, los ritos y otros elementos centrados en la comunicación entre las divinidades y los hombres.

1. ASPECTOS GENERALES DE LA RELIGIÓN ROMANA

Comenzamos analizando estos elementos porque, a pesar de encontrarse mayoritariamente en el libro V, sirven de aproximación al pensamiento que sobre la religión en su conjunto tiene nuestro autor. La primera referencia es a los orígenes y motivaciones del culto, que sitúa en el temor de los individuos por los dioses-gobernantes. Así, cuenta que tras ser destronado Saturno por su hijo, el miedo que infundía el nuevo soberano hizo que el pueblo empezase a adorarlo como dios, aun siendo un parricida (*Div. Inst.* V, 5)³. En este argumento podemos entrever un aspecto fundamental en la obra, cual es la humanización de los dioses, que comentaremos más adelante; es un primer intento de equiparar las deidades romanas a los hombres desde su origen, pues habla de ellos como si se tratara de reyes, lo que legitima su teoría de que no poseen ningún poder extraordinario. Muy en relación con este aspecto está el concepto que de superstición tiene nuestro autor, diferente al que poseen los clásicos. Cicerón estableció la diferencia entre aquellos que se dedicaban a realizar sacrificios y ceremonias para obtener beneficios de los dioses, que constituirían la superstición, y los que trataban con diligencia, “releían” y “escogían” lo relacionado con el culto, acciones que conformarían la religión; considerando lo primero un vicio y lo segundo un elogio (*De natura deorum* II, 28). En cambio, Lactancio cita el pasaje y lo refuta diciendo que el origen de la palabra religión se halla en que los individuos están atados y ligados a Dios; mientras que la superstición consiste en la adoración de los difuntos como si fuesen divinidades (*Div. Inst.* IV, 28). Y es que Cicerón fue el introductor de la crítica filosófica sistemática en la interpretación de la religión romana (Momigliano, 1992, 33), constituyendo en ese sentido una fuente de inspiración para el autor cristiano.

Una vez establecidos el culto y las prácticas que debían adoptar los individuos, venían impuestos, no permitiéndose una elección libre; el poder obligaba a ejercer la religión y a llevar a cabo los ritos, consiguiendo de esta manera, según opina el autor, que nadie estuviera limpio y puro, ni pudiera salvarse. Idea que para un romano pagano sería completamente opuesta, es decir, un romano sabía que debía realizar esas acciones precisamente para mantenerse puro y no cometer un acto de impiedad. Las razones que movían a tal exigencia son simples, se trataba de garantizar la continuidad de las costumbres ancestrales de los antepasados, que fueron quienes determinaron esos cultos, sabiendo que era lo

³ La edición de la obra empleada para el estudio es: Lactance, *Institutions divines*, Sources Chrétien-nes 204, 205, 326, 337, 377, 509, París, 1973-2007. A excepción del libro III, que no ha sido todavía publicado en esta colección y lo hemos consultado de la versión disponible en la página web: www.documentacatholicaomnia.eu

más conveniente. Por ello adoran a dioses de los que no conocen prácticamente nada. Por otro lado, envuelve a todos los ritos y cultos un fiel silencio reflejo de ese ocultismo e ignorancia en que se quiere mantener al pueblo para poder seguir manipulándolo. Todos estos elementos los vemos claramente reflejados en el siguiente pasaje:

Intentan llevar a los hombres a sus mortíferos ritos y se esfuerzan con gran cuidado para que no haya en la tierra ninguna alma limpia que mire, manteniéndose pura, hacia el cielo. ¿Qué otra cosa les llamaré sino desgraciados, ya que obedecen a los instigadores de sus depredadores, de los cuales piensan que son dioses? Y de éstos no conocen ni su condición, ni su origen, ni sus nombres, ni su naturaleza, sino que, adhiriéndose a la creencia común, se equivocan y alimentan su propia necesidad. Y si les preguntas las razones de su convencimiento, no te podrán dar ninguna, sino que recurrirán a las opiniones de sus antepasados, diciendo que ellos fueron los sabios, que ellos lo habían aceptado así, y que ellos sabían qué era lo mejor (Div. Inst. V, 19, 1-3)⁴.

Hay un punto de coincidencia con los paganos y es la defensa de la religión aceptada oficialmente por el Estado. El problema y las diferencias surgen porque la confesión que los gobernantes han elegido no es la que él considera correcta. En este aspecto podemos ver que, aunque a veces se vislumbran ideas de desconfianza hacia la clase poderosa que intenta manejar al resto con sus imposiciones e invenciones, en el fondo sigue pensando que debe respetarse el orden establecido para que todo funcione correctamente; no puede abandonar su mentalidad romana, pues es una idea ya planteada por Varrón, que opinaba que las ciudades viven porque los ciudadanos obedecen las ordenanzas de la religión cívica.

2. LOS DIOSSES ROMANOS

Una parte considerable del libro I de las *Institutiones* está dedicado a las divinidades romanas. Por un lado, hace apreciaciones comunes a todos ellos y por otro, presenta un análisis del panteón clásico destacando las características personales de cada uno para poder realizar un juicio más completo. Ambas argumentaciones son elaboradas para servir de base a la idea principal que defiende el autor y que se repite constantemente en su escrito, que los dioses romanos son humanos. Y a este planteamiento se unen dos aspectos: el escaso poder que poseen tales deidades y el error que supone el carácter politeísta de la *religio*.

El autor los equipara a los hombres, teoría que, por cierto, no se encuentra únicamente en Lactancio. Efectivamente, la doctrina denominada evemerista –por su creador, Evémero de Mesene (s. IV a.C.)–, de la que son partidarios ciertos escritores antiguos, rebaja la condición de los dioses a la humana, afirmando que éstos no son más que personajes históricos deificados con el paso del tiempo; sin embargo, Lactancio presenta el evemerismo de una manera más imparcial, ofreciendo una explicación psico-sociológica y comprendiendo determinados fenómenos religiosos (Fredouille, 1978, 239). Veamos qué motivos expone para apoyar su teoría. En primer lugar, hay una serie de características humanas que les son atribuidas: de todos ellos se conoce la genealogía, por lo que se sabe quiénes son sus progenitores, siendo propio de hombres y no de dioses el tener padres; de muchos

⁴ Edición empleada para todas las traducciones al español: Lactancio, *Institutiones divinas*, introducción, traducción y notas de E. Sánchez Salor, Madrid, Editorial Gredos, 1990 (2 vol.).

se dice cuándo nacieron y cuándo murieron, incluso dónde están enterrados, inconfundible indicativo de mortalidad, y por tanto de humanidad; las hazañas que han llevado a su divinización son trabajos posibles de realizar por un hombre normal y corriente; además, son sufridores de infortunios típicos de los hombres, como la pérdida de los hijos de Isis y Ceres; y la simple existencia de diosas, que representan el sexo débil, es muestra de la fragilidad de tales seres.

En segundo término, se habla del escaso poder de los dioses paganos, reflejado en dos hechos fundamentales. Cuando alguien comete sacrilegio, son los mismos hombres los que lo castigan y no lo dejan a decisión del dios⁵; y cuando están enfadados, su ira puede aplacarse con dones, sacrificios y perfumes, por tanto, no puede ser tan terrible su enfado o sus consecuencias, lo que además se relaciona con la tremenda codicia a la que están sometidos (ofrendas económicas por ejemplo), no siendo eso lo que corresponde a un dios, al que no le hacen falta los bienes materiales. Y es que para Lactancio los dioses son malvados y poco virtuosos, esto acarrea consecuencias a los hombres, ya que si éstos los adoran a pesar de todos sus actos impuros, cometerán los mismos crímenes que ellos, pues los considerarán obras no censurables, o incluso memorables. En relación a esto nombra algunas de estas acciones: Júpiter desterró a su padre, Saturno asesinó a sus hijos, Marte y Belona son dioses sangrientos, Mercurio es ladrón y la gran mayoría son adúlteros (Júpiter, Apolo, Hércules). Sin duda, uno de los valores presentes en el pensamiento de los cristianos era la predicación con el ejemplo, por eso se exigía conductas ejemplares tanto de los dirigentes de la Iglesia como del resto de creyentes, Lactancio plantea que si ni siquiera entre los dioses se pueden hallar comportamientos adecuados, menos pueden esperarse del resto de individuos. Del único dios que comenta un aspecto positivo es Esculapio, del que dice que aprendió medicina (*Div. Inst.* I, 10, 2); y es que no podía omitir esta información porque se trataba de una deidad que gozaba de gran prestigio entre los romanos en la resolución de crisis epidémicas y todo tipo de enfermedades (*Liv.* X, 47, 3; *V. Max.* I, 8, 2).

En último lugar, la crítica va dirigida al politeísmo que caracteriza a la religión romana. La adoración de varios dioses, algunos extremadamente particulares como el dios Término (de las lindes de los campos), solamente puede indicar que cada cual los creaba según su propio interés, como bien dice: *Tulo Hostilio ideó y adoró a los dioses Pavor y Palidez. ¿Qué puedo decir de esto sino que era lógico que cada uno inventara a sus dioses de acuerdo con sus conveniencias? La consagración por parte de Marco Marcelo de los dioses Honor y Virtud coincide en el fondo con lo anterior* (*Div. Inst.* I, 20, 12). Encuentra ciertas contradicciones en el culto, como, por ejemplo, en que a muchos dioses se les llame "padre" (Júpiter, Neptuno, Líber, Saturno, Marte, Jano, Quirino), siendo que el hombre sólo puede tener un padre desde la perspectiva natural. Todo esto plantea una fuerte oposición al cristianismo, religión monoteísta en la que el Padre únicamente es Dios.

En definitiva, para Lactancio se trataría de reyes antiguos que recibieron culto a su muerte. Culto que fue pasando de unas generaciones a otras hasta que finalmente llegó a

⁵ Esto no sería del todo correcto, ya que no faltan ejemplos en las fuentes clásicas de ordalías; además, el hecho de que se castigue al que ha cometido un acto de impiedad no se debe más que al propósito de reparar la ofensa y evitar un mal mayor proveniente del dios agraviado. Por otro lado, este razonamiento se podría aplicar también al contrario, puesto que en época cristiana el código penal sigue recogiendo castigos para estos mismos crímenes.

la divinización de esos personajes (también atribuye mucha de la responsabilidad a los poetas). Buen testimonio de ello ofrecen las estatuas construidas para conmemorar a estos reyes míticos, costumbre iniciada por Prometeo –que realizó con barro la estatua del hombre– y continuada por otros (*Div. Inst.* I, 18, 6-7). Ciertamente, no iba desencaminado en sus afirmaciones teniendo en cuenta que en época imperial se divinizó a algunos emperadores y a partir del s. III fue más frecuente la identificación del emperador en vida con un dios conocido, luego se estaría repitiendo el mismo proceso que con los antiguos soberanos⁶. Sin embargo, nos encontramos nuevamente ante una idea ya formulada por algunos autores clásicos anteriores a él: Séneca ridiculizó la adoración de Claudio, Tácito calificó el culto en general como adulación griega (Momigliano, 1992, 301) y Dión Casio se mostró contrario a las prácticas de culto hacia los emperadores romanos y también a que les fueran erigidas estatuas para recibir estos honores (*Hist.* LII). Lactancio incluso intenta descubrir los méritos necesarios para alcanzar la inmortalidad y la condición de dios:

Piensan que los generales más fuertes y belicosos deben ser colocados entre los dioses y que, para conseguir la inmortalidad, no hay otra vía que dirigir ejércitos, asolar el territorio ajeno, destruir ciudades, asaltar fortalezas, eliminar y someter a la esclavitud a pueblos libres: y es que, cuanto mayor número de hombres han sometido, espoliado y matado, tanto más nobles y famosos se consideran a sí mismos (*Div. Inst.* I, 18, 8-9).

Si algo destaca de todas las referencias ofrecidas por el autor es su gran conocimiento de la mitología clásica. La cantidad de detalles y datos que presenta refleja su instrucción y educación, no sólo a nivel profesional, sino también a nivel doméstico, pues como él mismo reconoce se trataba de tradiciones y creencias transmitidas a través de la familia. No obstante, esto no sería suficiente para demostrar que el escritor mantiene una mentalidad romana; debemos añadir que, mientras otros autores cristianos niegan o dudan de la existencia de los dioses paganos, Lactancio la acepta, comprende y trata de asignarle una explicación racional.

3. LA CELEBRACIÓN DE RITOS

Además de formular críticas en contra del tipo de ofrendas –alimentos, bebidas, perfumes, víctimas e incluso la celebración de juegos– que se dedicaban a los dioses romanos (*Div. Inst.* VI, 1, 5-6) y del culto proferido a las estatuas –objetos creados por la mano del hombre y no por la divinidad, característica que les priva de toda clase de poder–, el autor denuncia el ocultismo que envuelve cualquier tipo de ritual hasta el punto de que la contemplación de determinados ritos sagrados, aun por error o casualidad, era considerado un acto impío y precisaba la expiación del crimen mediante un castigo y un sacrificio.

De manera más específica, entra a describir ciertos ritos o celebraciones determinadas. Así, nos habla de las *Larentinalia* cuyo origen viene de Lupa, la nodriza de Rómulo; la fi-

⁶ De hecho, es más que eso ya que la figura del Emperador, y todo lo que lo envuelve, va a quedar tan ligada al ámbito religioso que incluso los delitos contra él serán equiparados a los delitos por impiedad, de tal manera que el acusado de lesa majestad podía serlo por haber atentado contra los dioses o contra la casa del Emperador y era considerado igualmente un traidor del Estado (Paul., *Sent.* 5.29.1; Tac., *Ann.* VI, 53 [47]).

gura es un símbolo de Larentina, la mujer de Faústulo que, como tenía su cuerpo a disposición de todos, los pastores la llamaron “loba” (Liv. I, 4, 7). En su nombre se instauró un día festivo y se proclamaron estas fiestas (*Div. Inst.* I, 20, 1-4). La asociación entre ambas proviene de la denominación de las prostitutas en la antigua Roma como *lupae* –o lomas (Forcellini, t. III, 127), origen de la palabra “lupanar”– y el surgimiento de una tradición que atribuyó el cuidado y amamantamiento de Rómulo y Remo a una meretriz, es decir, a una loba. Sobre las *Floralia* cuenta que el origen se sitúa en la cantidad de dinero que dejó al pueblo la diosa Flora, tras haberlo obtenido como prostituta; pero el Senado, valorando esta explicación vergonzosa, se inventó que era la diosa de las flores y que convenía tenerla contenta para que los frutos, árboles y vides florecieran abundantemente. Mas lo que se celebran son juegos invadidos por la lascivia: libertinaje en las palabras, las meretrices se desnudan y hacen mímica (*Div. Inst.* I, 20, 6-10). Cuenta también Lactancio que en Lindo, ciudad de Rodas, tienen lugar en honor de Hércules unos ritos que se celebran profiriendo insultos y execraciones, e incluso se considera una violación cuando alguien pronuncia una palabra digna, y sacrificando en el altar llamado “unción de bueyes” dos bueyes uncidos a semejanza de aquellos que él había robado a un labrador, al que luego convirtió en sacerdote del rito (*Div. Inst.* I, 21, 31-36).

No se olvida de mencionar otros sacrificios rituales dedicados a ciertas divinidades, como Saturno, a quien ofrendan un hombre lanzándolo al Tíber desde el puente Milvio; costumbre que con Hércules se sustituyó por arrojar estatuas hechas de juncos, ceremonia llevada a cabo por las vestales (*Div. Inst.* I, 21, 6-9). En honor de la diosa Valor (o Belona), los propios sacerdotes sacrifican con su sangre: con un corte en los hombros y llevando espadas desenvainadas en ambas manos, corren, se mueven, enloquecen. También a la diosa Madre los hombres ofrecen sus propios órganos genitales, convirtiéndose en eunucos (*Div. Inst.* I, 21, 16). A través de una cita de Varrón cuenta que la isla de Samos se llamaba antes Partenia porque allí creció Juno y se casó también Júpiter; por ello, su templo más antiguo y conocido está en Samos, su estatua nos la representa en figura de novia y sus ritos anuales se celebran en forma de bodas (*Div. Inst.* I, 17, 8).

Por otra parte, el autor hace referencia a cultos provenientes de otros lugares que fueron adoptados con gran aceptación en el mundo romano, como los ritos de Isis, que conmemoran la pérdida y encuentro de su hijo pequeño. En un primer momento, los sacerdotes, con su cuerpo desnudo, golpean sus pechos y se lamentan; después, es presentado un niño y el llanto se transforma en alegría (*Div. Inst.* I, 21, 20). Lo mismo ocurre en Eleusis con las fiestas de Ceres (Demeter) y otros más: entre los chipriotas, Teucro inmoló una víctima humana a Júpiter y transmitió este rito a sus descendientes; y los tauros, pueblo inhumano y cruel, tenían una ley por la que los forasteros eran inmolados a Diana, sacrificio que se celebró durante mucho tiempo (*Div. Inst.* I, 21, 1-2).

En esencia, Lactancio no se posiciona en contra de la celebración de ritos ni de la dedicación de ofrendas; su principal reproche es el carácter que toman algunas de estas ceremonias y las acciones impuras que cometen sus participantes, excusándose en el ritual, así como el tipo de bienes que se entregan. Para él no supondría tal agravio si, por ejemplo, los obsequios fuesen fruto de la reflexión y la oración del individuo y si las celebraciones no comportasen actos deshonorosos. Por eso no combate los rituales paganos en su conjunto, sino que menciona aspectos concretos de algunos de ellos que no considera adecuados, quizás otros no le parezcan censurables.

4. ELEMENTOS RELACIONADOS CON LA RELIGIÓN ROMANA

Lactancio no se limitó en su apología a atacar los aspectos básicos del culto oficial, sino que amplió su discurso a otros mecanismos del ámbito religioso utilizados para establecer comunicaciones entre los dioses y los hombres. Nombra dos manifestaciones propias del culto oracular que son dos episodios en que intervienen las decisiones divinas: la consulta de un oráculo, y la revelación a través de los sueños. El primero aparece cuando está hablando del rito que se instauró en el Lacio de lanzar a un hombre desde el puente en honor de Saturno: *esto se hizo a partir de la respuesta de un oráculo; el último verso de esta respuesta es éste: “Ofreced cabezas al Hades y luminarias al padre”; y, como esto es ambiguo, se le suelen ofrecer antorchas y hombres (Div. Inst. I, 21, 7)*. El segundo aspecto es un suceso de Hitaspes, rey de los medos: *También Hitaspes, que fue un antiquísimo rey de los medos, transmitió a la posteridad un extraño sueño interpretado por un niño: “Que será arrancado del mundo el imperio y el nombre de Roma”; y esto lo profetizó mucho antes de que fuera fundada la famosa Troya (Div. Inst. VII, 15, 19)*. Aquí además vemos otro aspecto muy importante que es el del niño como intérprete del sueño del rey, y es que los pequeños eran considerados seres puros y sinceros, siendo común que la voluntad de los dioses se manifestase a través de ellos. Como éste hay más ejemplos (mencionados en el libro II) de deidades que se han aparecido en sueños dando alguna revelación o exigiendo que se hiciera alguna cosa, a lo que no podían negarse si querían evitar graves catástrofes para la población. En esta misma línea, es importante la mención que hace a las señales de los dioses, como vemos en este pasaje en que está hablando del fin del mundo y su anunciación previa: *Y es que este libertador, juez, vengador, rey y Dios es ese al que nosotros llamamos Cristo, el cual, antes de bajar, nos dará esta señal: caerá de repente del cielo una espada, para que sepan los justos que va a descender el líder de la milicia santa (Div. Inst. VII, 19, 4-5)*. Al igual que su conocimiento sobre los prodigios que se sucederán para anunciar dicho fin del mundo: *Y de la misma forma que entonces hubo señales que anunciaron a los egipcios los futuros desastres, así ahora, al final, sucederán admirables prodigios en todos los fenómenos del mundo, prodigios que darán a entender a todos los pueblos el inminente final (Div. Inst. VII, 15, 6)*.

Otro fenómeno que le ocupa de esta misma categoría son las ordalías y los castigos divinos. Narra un episodio en que la vestal Claudia, acusada de incesto, debía probar su inocencia y lo consiguió moviendo ella sola una nave que no pudieron desplazar varios jóvenes juntos; esto sucedió por ayuda de la diosa que, al juzgarla inocente, le ayudó a demostrarlo: *Claudia, que siempre había sido considerada como una impúdica por el excesivo cuidado que daba a su cuerpo, rogó a la diosa de rodillas que, si la consideraba a ella casta, se dejara llevar por su cinturón; de esta forma la nave, que no había podido ser movida por todos los jóvenes juntos, fue movida por una sola mujer (Div. Inst. II, 7, 12)*. Sucesos de este tipo nombra algunos más, al igual que también hace mención a los castigos, casi todos de origen natural (catástrofes atmosféricas, enfermedades, incluso muerte), que han impuesto los dioses a los sacrílegos de sus templos, fiestas, etc. Aunque reconoce que a veces vuelve a aparecerse el mismo dios y aconseja cómo pueden remediar las desgracias (*Div. Inst. II, 7, 20-21*).

Nuevamente vemos los influjos de su educación clásica⁷, ya que como buen romano, sabe que los dioses expresan su voluntad y cuando no es cumplida o simplemente ocurre algo que los hace enfurecer se rompe la *pax Deorum* y comienzan a suceder calamidades hasta que se averigua quién es el culpable, se le impone una sanción y se repara el agravio cometido mediante ceremonias (Liv. XXI, 62).

CONCLUSIONES

El objetivo primordial de la obra, como hemos comentado repetidamente, es la defensa del cristianismo. Su principal arma en esta empresa en contra de la religión clásica consiste en el descrédito, llegando a veces a la ridiculización, de los componentes del esquema cultural romano. Para ello, el autor utiliza frecuentemente la comparación (aunque no siempre de manera directa) con el cristianismo para demostrar que la religión romana no está organizada o establecida racionalmente. De este modo, se critica el politeísmo, que obliga a repartir el poder entre todos los dioses existentes, a los que además no considera como tales sino como meros hombres, posiblemente reyes, que han recibido culto desde épocas antiguas, como atestiguan las estatuas erigidas en su honor. Igualmente se posiciona en contra de ciertas prácticas que lleva implícitas la religión pagana y que considera inútiles, como las ofrendas, innecesarias para la supervivencia de los dioses, y las fiestas, de las que opina que solamente son una excusa para realizar actos impuros, derramar sangre e inmolarse víctimas, actitudes propias de pueblos salvajes e indígenas. Frente a esto Lactancio defiende los sacrificios interiores, fruto de la reflexión propia del individuo, que es lo único de lo que se puede obtener provecho, y no de aquellos falsos y corruptos ritos.

También podemos observar la crítica que realiza en esta línea tanto a poetas como filósofos. Los primeros son los peores, ya que a ellos atribuye la creación de esta religión. Fueron los inventores de los cultos por medio de la fijación por escrito de todos los mitos sobre los grandes reyes, procediendo con ello a su divinización; lo único que han hecho ha sido engañar al pueblo. Ahora bien, los segundos tampoco se salvan, porque no creen en esta religión, y en eso aciertan, pero tampoco creen en ninguna otra y es ahí donde fallan, pues deben encontrar el buen camino, el de la religión cristiana, no se pueden quedar en el ateísmo.

Por tanto, casi se podría afirmar que, para el autor, la religión romana es una invención de los hombres, y todo el engranaje de cultos, ritos, etc. que la concretan es una creación basada en la falsedad y el engaño. De nada sirve cumplir los preceptos religiosos a la perfección ya que los dioses romanos no tienen poder suficiente para intervenir en el devenir de los acontecimientos.

En general, tras examinar las *Institutiones*, atrae nuestra atención el gran conocimiento que muestra de las creencias y prácticas del mundo romano. No es de extrañar sabiendo que su formación estuvo inmersa en la ideología clásica y además, su desarrollo profesional también tuvo lugar dentro del contexto cultural imperial. Pero esto, además de verlo

⁷ Y de su convivencia con los paganos. Así, él mismo narra el episodio en que Diocleciano, acostumbrado a consultar continuamente a los arúspices para conocer el porvenir, ordenó a todos los empleados del palacio que sacrificaran un día que no se obtenían los signos habituales debido a que se sospechaba que había profanos entre ellos (Lact., *Mort. pers.* X).

en las constantes referencias a la religión pagana y en su justificación para demostrar que es la equivocada, también se demuestra a través de las referencias al cristianismo. Por ejemplo, el hecho de creer en los prodigios y los castigos consecuencia de los dioses –sean paganos o cristianos– o las revelaciones a través de los sueños, nos permite ver hasta qué punto eran importantes estas ideas para un ciudadano antiguo. De hecho, él insiste en que se debe cumplir con los preceptos marcados por la religión, sólo que no los de la romana clásica sino los de la cristiana; remarca, por tanto, la obligación del individuo respecto a estas cuestiones, y esto es una pervivencia de la mentalidad antigua.

Sin embargo, el autor no se queda en ese punto sino que nos sorprende como crítico de la sociedad y la política romana, con ideas ciertamente avanzadas y contradictorias con ese respeto a la religión y al Estado. Plantea abiertamente que los ciudadanos cumplen con las obligaciones culturales por temor, pero sabiendo que el temor es tanto a las catástrofes que se puedan desencadenar por obra de los dioses como a los castigos legales correspondientes a los delitos por incumplimiento de los deberes religiosos. Observa, por consiguiente, la doble vertiente del hecho: los individuos deben evitar esas situaciones por motivos ideológicos y por motivos prácticos. La intervención de las clases poderosas (en plano religioso y político) es constante para mantener al pueblo sometido⁸; y en este sentido, él mismo menciona que hay dioses que son creados a conveniencia de ciertas personas, luego deja ver el interés del poder por manejar las situaciones y dictar los pensamientos y acciones del resto de ciudadanos.

Por otro lado, hace mucho hincapié en el fin del mundo (última parte de la obra), que es algo inevitable; esto quizás lo ve así, él y toda la sociedad, porque está coincidiendo con un momento de crisis (religiosa, pero también social, económica y política) en el que todos presienten que el mundo se acaba, ya que no pueden imaginar que exista algo después del Imperio Romano. A esto cabe sumar que los cristianos están a su vez viviendo una etapa de intranquilidad ya que las persecuciones contra ellos se suceden según los ánimos e intereses de cada emperador, lo que es valorado también como un signo inequívoco de que el final de los tiempos se acerca. Es curioso que, habiendo escrito una obra que es un ataque directo y continuado a la religión romana además de una abierta declaración de cristianismo, Lactancio no fuera perseguido, juzgado y condenado por el emperador dentro del marco general de persecución de los cristianos, aunque tal vez relacionado con ello esté su abandono de Nicomedia y su posterior traslado a Tréveris.

En definitiva, a través de sus afirmaciones y planteamientos muestra que es ante todo un romano, y después, con condición religiosa de cristiano. Las ideas que inspiran sus argumentaciones son ideas que ya habían ido rondando en las mentes de los antiguos, y no solamente cristianos, como cabría esperar, sino más bien de los paganos. Es evidente que todos los conocimientos que recibió durante su formación basada en la lectura de los clásicos pasaron a formar parte de su bagaje cultural y los supo reutilizar después en sus propias obras bajo reformulación cristiana. Debía combatir las creencias que habían permanecido en su vida durante un largo periodo, pero el método y los instrumentos con que contaba para hacerlo eran los propios de esa cultura, por ello pueden encontrarse tantas si-

⁸ Como bien apunta Atkinson el reconocimiento de las epidemias requería por parte de las autoridades no sólo una respuesta práctica (contener la propagación, cargar con las consecuencias) sino también direccionar el pánico, la desesperación o la ira de la gente (2001, 51). Y en ese sentido, las medidas a adoptar podían convertirse en una fuerte arma política.

militudes en el estilo, el pensamiento y las palabras (siendo un recurso frecuente las citas de autores romanos). Ciertamente, su cambio de religión no comportó un cambio total de su mentalidad.

Para terminar, diremos que con esta obra se sientan muchas de las bases y principios que formarán parte después de la religión cristiana. Además, servirá como modelo a tratados posteriores también en defensa y promoción del cristianismo; su relativa serenidad y su relajamiento en la tensión polémica las adoptarán, entre otros, un siglo después San Agustín en su *De civitate Dei* y Teodoreto de Ciro en su *Curación de las enfermedades griegas*.

BIBLIOGRAFÍA

- ATKINSON, J. E. (2001): "Turning crises into drama: The management of epidemics in Classical Antiquity", *AClass*, 44, 35-52.
- BAUMAN, R. A. (1974): *Impietas in Principem: A study of treason against the Roman emperor with special reference to the first century A. D.*, Munich, C. H. Beck, 242 p.
- BEARD, M., NORTH, J., PRICE, S. (1998): *Religions of Rome*, Cambridge, University Press, vol. II, 416 p.
- BICKEL, E. (1982): *Historia de la literatura romana*, Madrid, Gredos, 659 p. (Original: Heidelberg, 1960).
- DANIÉLOU, J. (1948): "La typologie millénariste de la semaine dans le christianisme primitif", *Vig. Chr.*, 2, 1-16.
- FORCELLINI, E. (1965): *Lexicon totius latinitatis*, Padova, Gregoriana.
- FOURNIER, E. (2006): "Exiled Bishops in the Christian Empire: Victims of Imperial Violence?", en: Drake, H. A. (Ed.), *Violence in Late Antiquity. Perceptions and Practices*, Aldershot, 157-66.
- FREDOUILLE, J. Cl. (1978): "Lactance historien des religions", en: Perrin, M., Fontaine, J. (Eds.), *Lactance et son temps*, Théologie Historique 48, Paris, 237-52.
- GUILLÉN, J. (1994): *Urbs Roma. Vida y costumbres de los romanos*, vol. III "Religión y ejército", Salamanca, Ediciones Sígueme, 628 p.
- LOI, V., AMATA, B. (2006): *NDPAC*, Milano-Genova, col. 2747-50, s.v. "Lattanzio".
- LUNEAU, A. (1964): *L'Histoire du salut chez les Pères de l'Église. La doctrine des âges du monde*, Théologie Historique 2, Paris, Éditions Beauchesne, 448 p.
- MOMIGLIANO, A. (1992): *De paganos, judíos y cristianos*, México, Fondo de Cultura Económica, 537 p. (Original: Connecticut, 1987).
- OGILVIE, R. M. (1978): *The library of Lactantius*, Oxford, University Press, 121 p.
- OPELT, I. (1980): *Die Polemik in der christlichen lateinischen Literatur von Tertullian bis Augustin*, Heidelberg, Carl Winter, 296 p.
- PERRIN, M. (1978): *Lactance et son temps*, Théologie Historique 48, Paris, Éditions Beauchesne, 312 p.
- PERRIN, M. (1981): *L'homme antique et chrétien. L'anthropologie de Lactance (250-325)*, Théologie Historique 59, Paris, Éditions Beauchesne, 559 p.
- VISCONTI, L. (1904): *La conservazione della tradizione classica nelle opere di L.C. Lattanzio Firmiano*, Napoli.
- ZABALETA, F. J. (2008): *Noción de libertad religiosa en Lactancio*, Roma.

